

EL CIEGO.

POR LA SEÑORA DOÑA LUZ MEDRANO DE DENA.

(Escrito para la Semana.)

EN Mazapil, valle estrecho y en todo tiempo melancólico, que no ofrece á la distraccion de la imaginacion mas que bosques formados de miserables matorrales y gigantescas palmas que al levantarse y ponerse el sol relucen con una brillantez siniestra; valle atravesado por muy profundos y secos arroyos, madrigueras de la asquerosa zorra y el solitario buho; valle en fin borrascoso y cubierto de nieblas, que resuena siempre con los silbidos de los vientos de Levante que se chocan con las altas, negras y estériles montañas que le circundan, y las cuales se estremecen frecuentemente con el imponente alarido del rapaz salvaje; en Mazapil pues, vivian, no en tiempos muy remotos, dos personas pobres, pero virtuosas, que merecian y disfrutaban las consideraciones de todos los demás moradores de ese pueblo en que la tristeza ha fijado su residencia; mas se les llegó, como á toda criatura se le llega en este mundo falaz, su época aciaga, su época de duras penas.

Un amor tierno, el verdadero amor que ha unido al Criador á su criatura, fué el que unió con vínculo indisoluble á estas amables personas.

Alejandro y Rosalía eran los dos jóvenes predilectos de que hablo. El primero de veintiocho años de edad y la segunda de veintidós, los cuales obedeciendo el decreto promulgado por Dios al dar compañera al primer padre del género humano, habian salido del seno de sus familias para formar una nueva.

Tres años hacia que llenos de placer, porque se amaban, vivian enajenados por halagueñas ilusiones; pero las ilusiones son mas débiles que la flor de la adormidera: á esta la destruye, la aniquila el mas leve aquilon que sopla, y á la ilusion le da muerte con la velocidad del relámpago un fugaz y triste pensamiento que ha cruzado por nuestra voltaria mente.

A las seis de una solemne tarde de marzo del año de 1848, se levantó de junto al bastidor Rosalía, y dirigiendo una mirada tierna á la flor sin vida que acababa de bordar, se acercó luego á una rinconera, y con *aire* distraido y expresion melancólica tomó con su delicada mano un sencillo, pero hermoso ramillete de violetas y amapolas gualdas que acababan de servirle de modelo en su tarea, y pasando de esta estancia á otra á que daba entrada

una ligera mampara, empujola con suavidad, y cediendo esta al impulso, dió lugar á que se viera con distincion á Alejandro, que sentado á la extremidad de un sofá tenia apoyada sobre la mano izquierda su frente, en otro tiempo serena y orgullosa, pero ahora marchita y devorada por ideas tristes, hijas de la desgracia.

Ni el ruido que hizo la mampara al girar sobre sus goznes para dar libre paso, ni el que hacia Rosalía al acercarse, distrajeron á Alejandro, quien continuó en su postura y con los ojos cerrados.

La tierna y amable Rosalía detuvo el paso, y dirigiendo una mirada llena de la mas dulce melancolía á su desventurado esposo, arrojó del fondo de su corazon un lastimoso suspiro, que procuró, pero que no pudo ahogar, y con un suave y amoroso acento:

— Buenas tardes, caro amigo, dijo á su esposo, quien estremeciéndose ligeramente, con dejadez alza la cabeza, abre sus grandes ojos negros que en el momento vuelve á cerrar, y con tierna pronunciacion contesta á Rosalía:

— Buenas tardes, bien mio: ¿con qué lentitud corre el tiempo para el que padece! tres horas hace te separaste de mí, y me han sido tres años de penalidades. ¡Con qué ansiedad te espero siempre! Tú eres mi único consuelo, solo tú sabes darme valor y esperanza.... ¡Oh! no puedes figurarte lo que padezco. Me desespero, pierdo la razon, y... no, no es posible, tantas ideas, tantos pensamientos dolorosos aniquilan mi espíritu.....

— No llores, no te aflijas así, decia Rosalía á su esposo, comprimiendo suavemente entre sus manos su abatida cabeza, y dándole un beso en su triste frente. No te aflijas así: no me hagas perder el valor que me anima para arrostrar con nuestras desgracias. Dios es bueno; confía, espe-

ra, y cuando menos lo pensemos, nos concederá el gran beneficio que le pedimos... No sé por qué causa; pero lo cierto es que lo siento: á proporcion que se van aumentando nuestros cuidados y desgracias, crecen mis esperanzas, y creo que se acerca la hora de nuestra felicidad....

— ¡Por qué?... porque eres buena; porque tienes un corazon de ángel: padeces, es cierto; pero no lo que yo. Lo que siento mi alma es incomprendible, inexplicable... En otros dias era yo tan bueno como tú: todo lo veia con calma, sufría con valor, y entonces me creia virtuoso; desafiaba todos los peligros, todas las calamidades de esta vida; pero ¡mírame cuán miserable soy!... desde que padezco, perdí la confianza que me animaba y.... ¡Dios mio, Dios mio! me estremezco de horror: te he llamado injusto... ¡soy un impío!... ¡perdona mi frenesí!... Sí, Rosalía amada; en mi dolor, en mi desesperacion he blasfemado. Sin quien me distrajera en mi soledad, mi mente fué el juguete de borrascosos pensamientos, y queriendo evitar los escollos, me estrellé contra ellos. Creí, como cree todo desdichado que buscando el origen de su penar encuentra consuelo, recurro al del mio y me acuerdo de que perdí la vista.... quedé ciego cuando Klopstock, describiendo con su divino lenguaje las angustias del Mesías en el Gólgota, arroba mi alma y le hace probar delicias celestiales, remontándola hasta el esplendente trono de Jehová, cuando llena por este de amor, esperanza y fe, la hace con sus meditaciones y admiracion tan pura como un ángel, y gozar de la mayor ventura: entonces al hacer este terrible recuerdo.... ¡escollo atroz que haciendo añicos mi débil barca arroja sus despojos con todo su rigor hácia el borde de un espantoso precipicio!... Pero tú, tú, mi amada Rosalía, que eres mi ángel tutelar, me

has librado de caer en ese inmensurable abismo: solo tu presencia ha sido suficiente para que mi mente saliera de las tinieblas que la ofuscaban y volviera á la luz; para que mi corazon dejara de palpitar con violencia, y el terrible abismo que iba á tragarme, desapareciera con velocidad solo al tocarme con tus manos.... ¡Abrazame, Rosalía! ¡abrazame y hazme feliz!

—Me espantas, Alejandro! ¿cómo es posible, amigo de mi alma, que te dejes llevar hasta ese extremo por la desgracia? ¿es así cómo me enseñas á soportar nuestras penas? ¿es así cómo imitas el ejemplo del resignado Tobías padre? ¡Alejandro! ¿tambien ha cegado tu razon? ¡Me espantas! no te conozco: ó tu moral y religiosidad eran superficiales, ó tienes una alma débil como la de un niño, digna de compasion... ¡Cómo he de creer, por Dios, que quien ha robustecido mi espíritu con lecciones las mas sabias y santas, que quien profesa principios tan sólidos, y con entusiasmo ha sabido explicar é imprimir, pueda ahora abandonarse hasta el grado de blasfemar!... ¡Alejandro, Alejandro! ¡bien adorado! ¡por la Virgen María! no te dejes arrastrar de esos temibles pensamientos, combátelos con ánimo... ó yo sabré combatirlos, sí, yo los combatiré, jamás me separaré de tí un momento: seré efectivamente, como lo has dicho, tu ángel custodio. Alejandro, confia y espera.

—Merezco, mejor que tus consuelos, tus agrias reprensiones, Rosalía; pero estando tú á mi lado nada temo, tu aliento solo basta para que huya léjos de mí la desesperacion: ¿no me ves cuán sereno y contento estoy ahora? me parece haber vuelto de nuevo á la vida.... Respiro, Rosalía, respiro lleno de consuelo como si no estuviera ciego y me hallara gozando de un cúmulo de placeres. ¡Bendita seas, ca-

ra amiga! ¡Bendito sea quien te crió para ser mi compañera! No, no volveré á darte pena: seré fuerte, seré sufrido; confiaré y esperaré; pero siempre estaré yo á tu lado, y tú al mio... ¿no es así, Rosalía?

—Sí, Alejandro, ni un momento me separaré de tí, y siempre hablaremos, no de nuestras desgracias, sino de la infinita bondad con que nos ha visto y verá la divina Providencia.... ¿Quieres andar?.... daremos unos pasos.

—No, estoy bien aquí: con satisfaccion me entretengo oyéndote hablar y no deseo mas que rogar á Dios porque te haga dichosa. Si anduviera, tendria deseos de ver, y quiero olvidar que estoy ciego.

Alejandro suspiró, y apretó contra su pecho las manos de su esposa, que tenia entre las suyas.

—¿Por qué suspiras? dijo Rosalía, cuando con tus lágrimas me manifiestas tu afliccion, tengo fuerza para resistir; pero cuando lo haces con tu corazon, me abato y desfallezco.... Habla, dime lo que quieres, lo que deseas.

—No temas, Rosalía; sabes lo mucho que he amado á mi hermano Antonio: suspiré, porque se me vino á la memoria que hoy es dia de correo, y que pudiera ser tuviésemos carta en contestacion á la que hace quince dias le dirigimos. ¡Con qué ansiedad la espero!... ¿Sabes por qué? porque mis deseos crecen como los de todo sentido perdido... ¿mandarás á la administracion, no es verdad?

—Sospecho, ó mejor dicho, creo con fundamento que mi hermano Antonio no puede habernos escrito.

—¿Qué me dices? ¿Sabes acaso que Antonio esté enfermo ó sea desgraciado? pronto, pronto dímelo; sácame de esta incertidumbre.

—No te alarmes: Antonio debe de estar bueno, y si no escribe es por las circuns-

tancias en que nos encontramos.... ¡acaso no tenemos correo, Alejandro!

—¿Cómo es eso? ¿por qué no ha de haber correo? explicame la causa.

—Si me prometes tener valor y resignacion para oirme, te explicaré esa causa que te interesa como debe interesar á todo buen mejicano.

—Entreveo el asunto de que vas á hablarme; hazlo, segura de que sabré resistir el golpe.

—Bien. Aun gozabas de completa salud, cuando tuvimos la desgracia de perder la accion de Paloalto y la Resaca contra los viles angloamericanos. Tú misma me referiste el revés que tuvo en estos puntos nuestro ejército; pero entonces aun nos lisonjaba la esperanza.... A los tres dias de haber tenido estas noticias, Dios quiso mandarte la enfermedad de que ahora adoleces, y desde esa fecha, con el mayor cuidado he procurado instruirte vagamente, porque así lo ha exigido el estado de tu salud, de los acontecimientos de la guerra injusta que se nos hace. Hasta ahora he sabido engañarte, á lo que ha contribuido prudentemente nuestro querido Antonio, que instruido oportunamente por mí, ha sabido escribir sus cartas para hacerte entender que los depravados y ambiciosos *yankees* no han pasado del estado de Nuevo Leon, pero....

—Pero no ha sido así, ¿no es verdad? Prosigue, Rosalía, prosigue y descúbreme la verdad de las circunstancias en que nos encontramos.

—Prosigo, Alejandro; pero recuerda la promesa que acabas de hacerme.

—Los americanos, enemigos temibles para nuestro indisciplinado y desmoralizado ejército, arrollaron á este en Matamoros y Monterey, y ya sin obstáculos, porque el egoismo y cobardía no saben oponerlos, invadieron el estado de Coahuila situando su campamento en Buenavis-

ta ó Paso de la Angostura, donde bien fortificados y contando con las ventajas que las Termópilas ofrecieron á Leonidas y sus inmortales espartanos para contener y aterrorizar á los lujosos sátrapas de la Asia, esperaron á un numeroso ejército lleno de miseria que el general Santa-Anna, inepta ó traidoramente condujo á su completa ruina.... Esta jornada del ejército mejicano, Alejandro, ha comprometido altamente la nacion y su libertad. ¡Ay! por un momento la deidad de las victorias visitó nuestros reales; pero Santa-Anna la despreció, y vergonzosamente volvió las espaldas al enemigo, y sin ejército, porque todo desertó, y cubierto de oprobio se marchó á la capital. En la capital tremola hoy el estandarte de los Estados Unidos del Norte, enarbolado por el general Scott, y tambien hace tres dias tremola en este desgraciado pueblo, y acaso pronto tremolará en toda la repúb....

—Dame la mano, Rosalía, pronto, dame la mano; quiero andar porque me ahogo.... ¡La traicion! Sí, sí, ¡la infame traicion nos ha perdido! ¡Maldito sea mil veces quien vende á su patria! ¡Excecacion eterna para los que no saben primero morir que sucumbir á la esclavitud!.... ¡Ay! ¡qué pequeño es el hombre para comprenderle, Dios mio!... ¡Eres benigno y justo! Rendidas gracias te doy por haberme reducido al dichoso estado en que me encuentro. ¡Gracias, Señor Omnipotente! No veré, no, los estragos que los enemigos hagan en mi patria, no veré la indolencia y abyeccion de mis conciudadanos que no han sabido primero morir que ser esclavos.

—¡Alejandro, querido Alejandro! no te puedo seguir, modera el paso, cálmate y escúchame: aun no concluyo.

En este acto Rosalía tenia razon para quejarse.

Alejandro, herido súbitamente por la

relacion que su esposa le hacia de la aceleracion con que los angloamericanos iban apoderándose de nuestra desafortunada nacion, olvida su persona y no ve mas que á su patria encadenada. Su jóven y patriótica imaginacion se exalta y se pierde: sus pasos son precipitados, y solo obedece, pero maquinalmente, á la direccion que á ellos da Rosalía para eyitarle tropiece con los muebles, y sin atender al reparo que se le hace, continúa andando con la misma precipitacion y hablando en términos que expresan las emociones de su espíritu.

—¡Dios mio, Padre misericordioso, calma esta hoguera que me abrasa! No, no puedo sufrir los fuertes latidos de mi corazon, ¡los oyes, Rosalía?... ya no puedo resistir, las cabidades de mi pecho y cerebro se hallan ocupadas por un torrente refracto de sangre, que me aniquila. Dame agua, Rosalía; dame agua, que fallezco, abrasado por este fuego devorador..... ¡ah! ¿no ves cómo tiemblo? asíéntame que ya no puedo tenerme.

Rosalía asustada y llena de congoja, guia á su marido hácia el sofá, donde apenas le asienta, vuelve á pararse con prontitud diciendo:

—No puedo estar así, al momento dame agua, Rosalía.

—Alejandro, toma, toma el agua, y por la Virgen santa, escúchame; las cosas no han llegado al extremo que tu exaltada imaginacion las lleva; déjame concluir la relacion de nuestros desgraciados reveses y del estado que guardamos, y te convencerás de que aun hay esperanzas de recobrar el honor nacional perdido.

—¡Esperanzas dices, Rosalía! ¡esperanzas! Sí, yo las tengo, decia Alejandro con sufocacion: el yugo que nos hicieron cargar los españoles fué de fierro, y el que nos harán cargar los angloamericanos será

de oro, un poco mas pesado, tanto por la solidez de la materia cuanto por haber acostumbrado nuestros oidos á deleitarse con el melodioso sonido de la fascinadora palabra LIBERTAD....

—¡Libertad!..... por ella sabrán morir los mejicanos, dijo un hombre que entrando por la puerta por donde lo habia hecho Rosalía se dirigió hácia esta y Alejandro, quien tan luego como oyó aquel acento, tendió y abrió los brazos para recibir en su seno á quien acababa de entrar.

—¡Antonio! exclamó, ¡Antonio!

Y abrazándose uno y otro hermano, reinó en la estancia por algun tiempo el mas profundo silencio, que al fin enterrumpió el desgraciado Alejandro, diciendo:

—¡Gracias, Antonio! Tu inesperado abrazo no podia ser mas oportuno: yo estaba desesperado; las desgracias de mi patria han anonado mi espíritu; mas los latidos de tu corazon sobre el mio le han vigorado.... ¡Ah! ¿dónde estás, Rosalía?... ¡mucho te hago padecer!... acércate; dame un abrazo y perdóname.

—¡Que te perdone, Alejandro! le decia Rosalía abrazándole, ¡que te perdone! ¿qué falta has cometido? ¿es acaso reprehensible el patriotismo?... Si fueras egoista, Alejandro, si te fueran indiferentes los males de la patria, no te amaria yo, te despreciaria, te aborreceria.

—¡La oyes, Antonio, la oyes!... ¡Rosalía! te amo con vehemencia, porque me entusiasmas. Tus sentimientos son dignos de una hija de Anáhuac. ¡Que no me conceda Dios, aunque sea por unos cuantos dias, la virtud que han perdido mis ojos! ¡Ah! si esta dicha tuviera, volaria, volariamos, Antonio, á mostrar á los angloamericanos que aun existen mejicanos, volariamos á morir; pero á morir ahogados en el torrente de sangre que haríamos verter á sus viles corazones....

—¡Alejandro! espero pronto te hallarás en el estado que deseas: tu enfermedad no es incurable. Al venir yo á verte, mi objeto ha sido el procurar y conseguir tu alivio. Ya te diré de qué manera: por ahora déjame abrazar á mi hermana, que no me has dado tiempo para hacerlo.

Y dirigiéndose luego á Rosalía:

—Hermana, le dijo, de dia en dia tus acrisoladas virtudes te hacen acreedora á las mayores consideraciones y al afecto de todas las personas. El muy grande que yo te profeso, conozco no es suficiente para pagarte las mil obligaciones que te debo... Tu cuidado por Alejandro y tu empeño por aliviar su espíritu abatido, son para mí de un valor inestimable, y....

—Sí, Antonio, interrumpió Alejandro, dices muy bien: las atenciones de que en mi enfermedad me ha colmado mi hermosa Rosalía, no tienen precio: siempre solícita y amable, me ha consolado en mi afliccion.

—He cumplido con mi deber, contestó con gracia indescribible Rosalía, y por lo mismo no merezco los elogios que me tributan: bueno será no hablemos mas de esto... Dime, hermano, ¿puedo con fundamento esperar que mi buen Alejandro recobre la vista? esto es lo que por ahora me interesa, y absorbe todos mis deseos.

—Por la relacion que me hiciste, hermana, de lo que ocasionó la ceguera de Alejandro, y por el conocimiento que tengo de su carácter, he creido que su enfermedad no es incurable, y por lo mismo he procurado proporcionarme el desengaño que pronto tendremos. En el hospital de sangre de Monterey, donde por necesidad estuve á causa de una herida que recibí en el combate que allí se sostuvo contra los angloamericanos, hice conoci....

—¡Herido tú, Antonio? interrumpió Alejandro, ¿cómo no lo hemos sabido?

¿por qué nos has ocultado esta circunstancia de tu amable vida? ¿en qué parte de tu cuerpo se te hizo esa herida? ¿te ha causado un grave daño? Todo, todo dímelo sin ocultarme nada, Antonio.

—No puedo, contestó Antonio riéndose, no puedo contestar á ese conjunto de preguntas, que por la velocidad con que se me han hecho todas, se me han olvidado. Pero no hay cuidado, Alejandro; espera y lo sabrás todo.

Alejandro suspiró, se restregó los ojos con suavidad é hizo ademán de escuchar á Antonio que continuó su relacion.

—Bien: decia, que en Monterey conocí á un médico francés llamado Ricardo D'Olamaicheaut, quien con comedimiento y afabilidad me trató en mi enfermedad. Dos ocasiones al dia visitaba el hospital y siempre su visita la comenzaba por mi lecho, y la concluía por el mismo.—Miles de caricias y consuelos prodigaba á los desgraciados enfermos; pero á ninguno como á mí, no obstante que era el de menos gravedad. Por lo regular, después de la visita, pasaba una hora á la cabecera de mi cama, entreteniéndome con una conversacion amena y graciosa, porque sin exageracion se puede decir que es un verdadero humanista. Familiarizado está con los historiadores, oradores y poetas griegos y latinos; posee varios idiomas; sabe formar dictámen del mérito de los cuadros de Rafael Angel y Murillo; dar la razon de su preferencia á la escultura moderna sobre la antigua; no le son desconocidas las reglas fundamentales de la arquitectura; en su profesion es singular, porque sin cesar estudia teórico-práctica, principalmente la terapéutica; pero sobre todo, lo que le hace digno del mayor aprecio, son los principios de libertad que profesa..... A ese hombre respetable, por haberme preguntado qué causa me tenia